

Cultura

LT STACEY/C.WERNER



El suburbio de Grbavica, en Sarajevo (1996)

para cualquier chaval, que esta esté cruzada o marcada por un conflicto bélico multiplica su dificultad. Así, mientras sus amigos Rafik y Sead se dedican a masturbarse en los asientos traseros de los coches destrozados por las explosiones y los disparos y a colocarse con pegamento, Emir –protagonista y trasunto del autor–, menos precoz que ellos, prefiere aferrarse a un transistor rojo donde escucha música y los partes de guerra en la cadena Radio Sarajevo. «A veces, al lado del chico de la bolsa había otro sentado masturbándose, con los ojos medio cerrados e hilillos de pegamento balanceándose bajo su barbilla: la guerra hacía tiempo que no era ya simplemente horrible... Su horror había alcanzado tal densidad que uno creía ver la realidad como a través de un velo de color rojo escarlata. Yo ya no era capaz de reconocer nada, y menos a mis amigos».

Sin nada que perder

Cuando ya no hay nada que perder, escapar hacia Alemania se ofrece como la única solución posible. Aunque a la postre se revele como errática. «Con todo, ninguna de sus iniciativas [las de sus padres] fue más nefasta que la decisión de irse a vivir a Alemania. Tengo la impresión de que el cuarto de siglo posterior a nuestra huida lo pasé sobre todo suplicándoles a mis padres que se comportaran como personas normales. Nunca lo logré. Hasta que no llegamos a Alemania no aprendí que la desesperación es uno de esos sentimientos que pueden evolucionar hasta el infinito, del mismo modo que el amor o el odio». Así, tras asentarse y hacer vida en Alemania, el propio Tijan Sila no volvería a Sarajevo hasta un cuarto de siglo más tarde, en 2018. «Una de mis novelas se tradujo al bosnio y me invitaron a un festival literario. De no ser por este evento, es probable que nunca hubiera vuelto a Bosnia», explica en el epílogo de una novela que dedica a su generación sin nombre, los niños de la guerra, la de los «olvidados»: «También he escrito este libro para oponer algo al olvido», concluye confesando.

«Radio Sarajevo»: el hilo musical de una guerra

Tijan Sila cuenta cómo vivió el paso a la adolescencia en un barrio de Sarajevo durante la guerra de Bosnia

Manuel López Sampalo. MADRID

Por mucho que la tensión entre las diferentes etnias presentes en el país –bosnios musulmanes, ortodoxos serbios, católicos croatas–, una olla a presión, se corte con un cuchillo y avise a viva voz de lo que está por venir, uno nunca piensa que de verdad vaya a estallar una guerra en torno suyo. Así lo expresa Tijan Sila en el arranque de su novela, «Radio Sarajevo» (Libros del Asteroide), donde cuenta cómo él, un chico que transita de la niñez a la adolescencia, vivió la guerra de

Bosnia (1992-1995) en un barrio de la capital, Sarajevo. «Cuando cayeron las primeras bombas, yo estaba tumbado bocabajo en la moqueta del dormitorio escuchando la radio. En la emisora sonaba "Suffragette City", de David Bowie. De repente, un chillido metálico rasgó el aire y una explosión arrancó las cortinas de los rieles. La presión fue tan descomunal que se me nubló la vista, como si hubiera estado demasiado tiempo colgado cabeza abajo de la barra fija. Todos los sistemas de alarma de la calle entraron en pánico, pero yo no. No tardaría en sentir el pánico de manera constante y en sospechar la presencia de la muerte en cada sombra, pero el primer día de guerra estaba, a lo sumo, desconcertado».

Pero, como explica el propio Sila, hasta al mayor terror se acaba acostumbrando uno –«sentí que vivir significaba sobre todo soportar el horror»–, haciendo de la pesadilla rutina: «Durante las primeras semanas, con cada detonación



Tijan Sila, autor de la novela

«Cuando uno recuerda la guerra le parece una bofetada casi irreal por parte de la Historia»

«Sentí que vivir significaba sobre todo soportar el horror», dice el autor de la novela

se me había parado el corazón, y ahora tenía que pasar algo extraordinario para que me asustara».

Aunque, claro, cuando uno sale de esa terrorífica cotidianidad y mira por el retrovisor, la percibe como algo ajeno, extraño, pesadillesco, como visto con unas gafas de sensación de irrealidad. Así, desde luego, lo explica el autor de «Radio Sarajevo»: «Para los que sobreviven, la guerra representa un capítulo de sus vidas completamente aislado, marcado por normas y procesos extraordinarios. Cuando uno recuerda la guerra, esta le parece como una bofetada casi irreal por parte de la historia. Lo que uno vive en la guerra no lo vive en ningún otro lugar. ¿Dónde, sino en la guerra, se da clase a niños a cinco grados bajo cero y estos deben tratar de escribir, aunque lleven manoplas de lana?». Y abunda Sila expresando que un horror como este te marca de por vida: «Mis padres habían sobrevivido a la guerra, pero esta acabó destruyéndolos. Igual que mi abuelo había sobrevivido a seis heridas de bala en la Segunda Guerra Mundial para morir en 1980 de un tumor cerebral que se había formado alrededor de los restos de una bala, también nosotros salimos de la guerra con cuerpos extraños en el cráneo».

Si ya de por sí el paso a la adolescencia es una etapa complicada



«Radio Sarajevo»
Tijan Sila
DEBOLSILLO
200 páginas,
19,95 euros